

que constituyen la suprema razón de este mundo. Pero era adverso a todo prejuicio y superstición y a toda duda o fe irreflexiva que enferma de servilismo a las sociedades. Nada conmovió este modo de pensar suyo, ni su temperamento fuerte se rindió alguna vez a los vendabales del siglo. Era de esos hombres a quienes la sabiduría pone un sello de dignidad en su conciencia. No hablemos de la caída de los otros, pero indudablemente es merecedor de elogio este gesto del hombre, que una vez puesto al servicio de la verdad sólo

una cosa le pide a Dios y es que en los desfallecimientos propios de la vejez o del dolor, no se le haga abjurar de su fe antigua ni dar el triste espectáculo de cobardía moral.

El sentimiento de que esto es cierto y la convicción de que fué fiel a los principios de su entendimiento, justifica que sus discípulos quieran poner su nombre entre los de la estirpe de quienes han iluminado y fortalecido el espíritu de esta nación.

(Envío del autor).

## Honradez y natación

POR JULIO CAMBA

LA prohibición del «maillot», decretada en San Sebastián y Barcelona, me retrotrae a la infancia. Yo soy de un puerto de mar donde, por el verano, las mujeres se enfundaban unos trajes de tela durísima y al parecer impermeable, y avanzaban hacia la orilla. ¿Para qué tantas precauciones, si no iban a meterse en el agua? Ya en la orilla, esperaban a que la ola humedeciera el dedo gordo del pie derecho—avanzar con el pie izquierdo en parajes tan peligrosos hubiera sido temerario—, y entonces, iniciaban un retroceso elástico exhalando, al mismo tiempo, ayes lastimeros. Algunas, las que poseían un espíritu más esforzado, llegaban hasta sentarse por un instante sobre alguna roca, con el agua hasta la mitad de la pantorrilla, y el Atlántico soberano, que desde allí se extendía hasta la remota América, quedaba así reducido a una especie de baño de asiento para uso de señoras timoratas. ¡Tanta verdad encierra el viejo dicho de que nosotros somos la medida de todas las cosas!... Un día cayó por la playa una inglesa con el cuerpo ceñido en un «maillot», y esto produjo gran escándalo.

—Pero, ¿cómo quieren ustedes que yo nade con trajes como esos? —dijo la inglesa—. Voy a ir hasta la isla y necesito mi libertad de movimientos.

El pasmo fué terrible.

—¡Ah! Pero ¿usted nada?—exclamó medio pueblo a coro.

Y cuando se vió que, efectivamente, la inglesa nadaba mejor que todos los golfos de la playa, el escándalo adquirió proporciones fabulosas. Parecía inmoral el que una señora se vistiese un «maillot»; parecía más inmoral aun el que, en semejante indumentaria, ofreciera a la vista un espectáculo agradable; pero, lo peor de todo, era que supiera nadar. Eso no podía tolerársele ni siquiera a una extranjera.

—¿Qué falta le hace a una mujer saber nadar para vivir honradamente? —decía una señora.

Y, en efecto, para vivir honradamente no hace falta saber nadar, ni ponerse un «maillot», ni tener un cuerpo bonito. Quizás, por el contrario, sea más fácil la práctica de la virtud cuando se tiene un cuerpo feo cubierto por un traje horrible...

Seguramente, este último pensamiento es el que ha decidido a las autoridades barcelonesas y donostiaras a decretar que, para meterse en el agua, tengan previamente los bañistas que vestirse de gran uniforme. Pero, ¿y la higiene? ¿Y el porvenir de la raza? Con este criterio de no ver en cada «sport» más que el traje con que se practica, nuestras autoridades acabarán por suprimir todo ejercicio al aire libre. Prohibirán el «foot-ball» por inmoral y el boxeo por la misma razón, y nuestro pueblo no contará para su desarrollo físico con más recurso que el de la ruleta, el treinta y cuarenta y el bacará.

Porque es indudable que, si la moral consiste en ir muy vestidos, todos estos deportes son de una perfecta inocencia.

(El Sol. Madrid).

## San Francisco de Asís

Al luminoso, al ferviente espíritu de Ricardo Arenales.

San Francisco de Asís, el divino San Francisco de Asís, su camino caminaba con paso seguro.

San Francisco sentía que el muro también tiene un espíritu obscuro.

Y al pasar por la calle vacía de los pobres hermanos menores, se apretaba a la piedra sombría y cantaba su canto de amores.

Y adelante y al lado y en pos distendía su espíritu Dios.

Y pisaba a su madre la tierra y pedía perdones al cielo,

cuando vió algo sagrado: una perra que lamía a un gentil pequeñuelo. Y sintió los extraños temblores que solía sentir, interiores. ¡Oh divinos hermanos menores!

Y cantó su canción, y es un credo que ahora enseño a los hombres que puedo.

—He pisado a mi madre la tierra con amor, ¡maternal vientre pardo!, y he sentido que aquello que encierra es mi hermano. Y la ortiga y el cardo y el espíritu cruel del leopardo.

que empurpura de sangre su túnica y aquella alma que anima las breñas son pedazos no más de un alma única que está toda en las cosas pequeñas.

Y cuán cerca de Dios que me siento si estoy cerca de algún nacimiento.

Cómo brillan, al ver florecidas a las plantas, los claros luceros; y al mirar a las perras paridas; y al oír un balar de corderos; y al sentir que a los tibios armiños de las tetas se pegan los niños.

¡Oh los seres pequeños, venidos hoy al bien de la luz! Sacerdotes que oficiáis en las verdes llanadas: ¿qué hay más santo a la luz que los nidos, los cachorros, los niños, los brotes: planta y hembra y mujer fecundadas?

¡Santidad de una vaca! Ninguna más candéal de las cosas sagradas. Al sonar de los coros de toros en las noches bañadas de luna cuál responden las grandes vacadas ¡y qué coros aquellos, qué coros!

Va subiendo el compás. Prisioneros, piden madres los pardos terneros al sonar las esquilas de bronce, y responde un temblor de luceros que a los hombres no entienden entonces.

En la paz de las noches tranquilas, sin dolor, cuál corréis, maternales, al oír un sonido de esquilas, claras leches de los vegetales. Y os brindáis a los pardos terneros mientras abren sus claras pupilas en la sombra los claros luceros.

Y el buen santo que hincó las rodillas, santidad de las cosas sencillas— fué a besar en la boca a la perra y en el lomo besó al cachorruelo. Y al besar sucedió que la tierra se sentía muy cerca del cielo.

Y a su lado y en frente y en pos distendía su espíritu Dios.

Y el buen santo escuchaba aquel canto de su amor a las cosas. Ejemplo de que el hombre que es bueno es un templo, el más alto, ¡oh Espíritu Santo!

Y ante él, que de Dios semejanza unas voces oía, interiores, en los ojos brilló la esperanza de los pobres hermanos menores.

Y adelante y al lado y en pos distendía su espíritu Dios.

RAFAEL ARÉVALO MARTÍNEZ.

(Poesías Escogidas, Guatemala, 1921).